

TRIBUNA GUERRA El autor reflexiona sobre las grandes cuestiones geopolíticas que palpitan tras la actual crisis provocada por la invasión del régimen ruso de Putin que, subraya, ha sacado a la OTAN de la muerte cerebral

Ucronías de Ucrania

LUIS FERNÁNDEZ-GALIANO

LA GUERRA rusa en Ucrania remueve historias y memorias. Barbara Tuchman publicó en 1962 un relato magistral de los 31 días que llevaron a la tragedia en 1914, *Los cañones de agosto*; 60 años después confiamos en que nadie escriba en el futuro un libro con el título *Los tanques de febrero*. Y, sin embargo, la colosal acumulación de soldados y material bélico en el perímetro del país hacía difícil pensar que no fueran movilizados y que Rusia no obtuviera al menos una parte de los frutos geopolíticos perseguidos por Putin. Acaso como razonaba Rafael Sánchez Ferlosio, «cuando la flecha está en el arco, tiene que partir», y solo la prudencia cautelosa de estadounidenses y europeos, que han dejado clara su intención de no provocar una confrontación abierta a través de medidas como la imposición de una exclusión aérea, autoriza a pensar que la actual incursión en Ucrania no producirá un incendio global, por más que se multipliquen las condenas.

Los tanques que se despliegan en Ucrania fueron protagonistas este año de un ensayo general en Kazajistán, donde una semana de enero fue suficiente para apagar la revuelta popular en el país ex soviético del Asia Central, con mucho el más importante de los cinco istanes, y pieza clave, junto a Ucrania y Bielorrusia, del proyecto euroasiático de Putin y su ideólogo en la sombra, Alexandr Dugin. Bielorrusia, por su parte, ya experimentó en el verano de 2020 un vendaval de protestas contra el presidente Alexandr Lukashenko, acusado de fraude electoral y rescatado por el apoyo ruso, creando un año después una artificiosa crisis migratoria en la frontera con Polonia, y ahora facilitando el tránsito de tropas rusas hasta la linde más próxima a Kiev.

Nos decían que las guerras del futuro serían cibernéticas, con granjas de trolls o apagones informáticos; o bien híbridas, como la intervención en Crimea, comparable a las de los contratistas estadounidenses en América Central o de los mercenarios rusos de Wagner en el Sahel. Sin embargo, el actual conflicto resulta desconcertantemente convencional, con la movilización masiva de tanques y tropas para materializar, *boots on the ground*, el control del territorio.

¿Se podrá 'finlandizar' Ucrania, permitiendo su incorporación a la UE, pero no a la OTAN, o la división del país es inevitable?

Estos días de fervor nacionalista, que mueven a los ucranianos a reivindicar como propia la figura de Nikolái Gógol, algunos han recordado la versión cinematográfica de su novela *Tarás Bulba*, donde el cosaco que da nombre al relato, interpretado por Yul Brynner, se enfrenta a su hijo Andréi, al que da vida Tony Curtis, cuyo amor por una noble polaca le lleva a elegir el lado de Occidente abandonando sus raíces. No otro es el dilema de esta *tierra de frontera* en la encrucijada trágica de la violencia bélica.

Mientras tanto, los tanques de febrero han provocado las cenizas de marzo. Tras la pausa olímpica acordada con Pekín, el 24 de febrero —una fecha ya histórica—, el ejército

ruso irrumpió en el territorio de Ucrania iniciando una guerra de dimensión imprevisible, que ha encontrado una inesperada resistencia en las ciudades. El conflicto ha sacado a la OTAN de la muerte cerebral diagnosticada por Macron, obligando al Pentágono a desplazar la mirada del Indo-Pacífico al teatro europeo, y provocando una reacción unánime y urgente del continente frente a la agresión rusa, que se ha extendido incluso a países de neutralidad tan testaruda como Suiza, Suecia o Finlandia; una condena por cierto menos vigorosa fuera de Europa, con la significativa abstención de China e India en la ONU, pero muy contundente en multitud de organismos internacionales, que han añadido al envío de armas y a las sanciones comerciales el boicot en terrenos tan sensibles como el deporte, conduciendo a Rusia al deterioro de su economía y a la ruina de su reputación.

La amenaza de usar la energía como herramienta de presión se hizo patente con la provisional renuncia de Alemania a poner en servicio el Nord Stream 2, mientras la propuesta estadounidense de imponer un boicot al petróleo ruso ha causado un *shock* en el mercado. En todo caso, la visión a largo plazo de una Rusia dotada del poder que le otorgan las exportaciones de energía, e incluso de grano, se cuartea al constatar que el cambio climático solo le favorece por la apertura de las rutas árticas, pero que tanto el deshielo del permafrost en el norte como la sequía en las fértiles *tierras negras* del sur golpean fortalezas esenciales de sus sectores energético y agrario. Desde luego, es aún pronto para calificar a Gazprom o Rosneft de *tigres de papel*, y poco realista proponer un *gaslift* de meta-neros como una réplica del *airlift* que rompió el bloqueo berlinés en los albores de la Guerra Fría, pero a medio plazo la Gran Rusia de Putin puede darse de bruces con el dramático contraste entre su dimensión geográfica y su peso geopolítico.

Más allá de las grandes fuerzas demográficas y económicas que modelan la historia, la guerra de Ucrania ha iluminado el papel de los individuos a través de Volodimir Zelenski, un actor que usó la productora de su serie *Servir al pueblo* —donde interpretaba a un profesor llegado por azar a la presidencia— para crear un partido con el nombre de la serie y hacer la ficción realidad. Pero el cómico, que apareció en los *Pandora Papers* publicados por *The Guardian* como titular de empresas en paraísos fiscales y de inmuebles en el Londongrado de los oligarcas, se transformó con la agresión en un líder valiente y carismático, acaso como el general Della Rovere —el estafador obligado a hacerse pasar por un líder de la resistencia— que en la película de Rossellini acaba asumiendo su papel y comportándose como un héroe.

Para pensar el futuro, sin embargo, quizá debemos imaginar un pasado diferente. Con la guerra de Ucrania hemos ingresado irreversiblemente en un mundo nuevo, pero no hay una ley histórica de hierro que la haya hecho inevitable. Aunque la sabiduría popular aconseje no verter lágrimas sobre la leche derramada, es inevitable preguntarse por los acontecimientos alternativos que hubieran evitado este desenlace fatal. A la reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos suele denominarse *ucronía*, entendiendo que si la utopía es el no-lugar, la ucronía es el no-tiempo, un instrumento para proyectar la utopía en el pasado que ilumine escenarios distintos y nos ayude a tomar decisiones en el futuro. Ucrania es particularmente apropiada para este ejercicio de memoria con senderos que se bifurcan, porque su indefinición geográfica y su carácter multicultural hacen su devenir histórico singularmente moldeable, y de ahí que hoy proliferen las ucronías que se interrogan sobre pretéritos posibles, gra-

bados en nuestra emoción y nuestra conciencia por el horror de los combates, los asedios y los éxodos del presente; por la amenaza nuclear que recuerda a la crisis de los misiles; y por la destrucción de ciudades que evoca los urcidios en los Balcanes o en Siria.

¿QUÉ HABRÍA sucedido si Lenin y los bolcheviques, como lamenta Putin, no hubieran *inventado* Ucrania? ¿Qué si la hambruna inevitable o deliberada del Holodomor no hubiera provocado el resentimiento ucraniano frente a la Rusia de Stalin? ¿Qué si los nacionalistas antisemitas de Stepán Bandera, todavía venerado por muchos en Ucrania, no se hubieran aliado con los nazis frente a los rusos en la que estos aún llaman la Gran Guerra Patriótica? ¿Qué si el ucraniano Jrushchov no hubiera incorporado Crimea a Ucrania para celebrar el tercer centenario del acuerdo entre rusos y cosacos? ¿Qué si se hubieran cumplido las promesas de no ampliar la OTAN hasta las fronteras de Rusia cuando esta aceptó la reunificación alemana? ¿Qué si en la disolución de la Unión Soviética no se hubiera retirado de Ucrania el arsenal nuclear a cambio de garantizar su integridad territorial? ¿Qué si en la cumbre de la OTAN en Bucarest no se hubiera acordado que Georgia y Ucrania fueran miembros de la organización en el futuro? ¿Qué si tras el Euromaidán el nacionalismo ucraniano en el poder no hubiera discriminado la cultura y el idioma rusos?

Cada una de estas preguntas abre distintas alternativas para este país plural y hoy fracturado, como también las hubieran abierto las grandes cuestiones geopolíticas que palpitan tras la actual crisis: el temor ruso a no poder defender sus fronteras en la interminable planicie centro-europea; la dependencia energética y la escasa capacidad militar de una Unión Europea que sin embargo proyecta el



RAÚL ARIAS

envidiado *poder blando* de su prosperidad y su libertad; el declive de la superpotencia americana, internamente dividida y con su atención centrada en la pugna con China en el Pacífico. Pero quizá los interrogantes más dramáticos no se encuentran ahora en el pasado, sino en el futuro. ¿Se podrá *finlandizar* Ucrania, permitiendo su incorporación a la UE, pero no a la OTAN, o la división del país es inevitable? ¿Reclamará Rusia el corredor de Suwalki para comunicar Kaliningrado con Bielorrusia, aislando a las repúblicas bálticas y obligando a la OTAN a cumplir el artículo 5 de su tratado? ¿Mediará China con éxito, o aprovechará la apertura de un frente europeo para ejecutar sus ambiciones sobre Taiwán? Ucrania suscita ucronías, pero también cacotopías y distopías.

Luis Fernández-Galiano es arquitecto.